

El renombrado médico, miembro destacado de la Sociedad de Investigación Psíquica, tiró pensativo de su pipa.

—Durante todos mis años de investigación de fenómenos extraños, ¿me he encontrado alguna vez con algo que desafíe lo que nos gusta llamar explicación natural? Bueno, eso es difícil de decir. No lo sé. Podría hablar aquí de Lemuel Mason, de una visita intangible, extasiada y mortal —hizo una pausa y encendió una cerilla—. Quizá sea mejor que te lo cuente.

En ese momento yo era un joven médico que ejercía en un pequeño pueblo de Nueva Escocia. Eso fue antes de convertirme en miembro de la Sociedad, pero no antes de que me interesara el espiritismo y temas afines. En la universidad había estudiado con Munstenburg y fui testigo de algunos de sus experimentos únicos en relación con el hipnotismo. Munstenburg también llevó a cabo algunas otras indagaciones peculiares sobre lo que se llama Sabiduría Oculta o Secreta, pero pocos conocen este último hecho. Fue bajo su mando que me matriculé en psicología y en algunas otras cosas que las universidades no reconocen ni otorgan títulos.

Naturalmente, adquirí una variedad de hechos y experiencias extraños, y una gran biblioteca compuesta por otros tratados de medicina que no eran áridos. Tuve la suerte de poseer un pequeño ingreso independiente de mi práctica, y esto me permitió dedicar más tiempo a la lectura y el estudio que a los pacientes. Tenía una oficina en lo que se llamaba el Edificio Herald y habitaciones en el Brunswick, una pensión de estilo antiguo. No solo me alojé en el Brunswick, sino que comía allí la mayoría de las veces.

Una noche estaba sentado en mi habitación después de la cena, disfrutando de mi pipa y un libro de Hudson, *A Hind in Hyde Park*, cuando sonó un golpe apresurado en la puerta.

—Entre —dije superficialmente, y entró un joven de complexión delgada, rostro pálido y rasgos indeterminados, con cabello y ojos oscuros.

Él era un huésped reciente en el Brunswick, llamado Lemuel Mason, y solo unos días antes la casera me lo había presentado en la mesa del desayuno. Descubrí el hecho de que era (aunque no lo parecía) de la población de pescadores de Lunenburg Way. Se graduó de una escuela normal y esperaba, dentro del mes posterior a las vacaciones de verano, ocupar un puesto como maestro en una academia privada local. Un joven tranquilo, parecía, de veintitantos años, bastante vulgar. Sólo con los ojos

observadores de un médico había notado en la mesa que se veía bastante enfermo; su rostro pálido estaba inusualmente demacrado, incluso angustiado. Sus primeras palabras fueron bastante sorprendentes.

—Doctor, dígame, ¿me estoy volviendo loco?

—Probablemente no —respondí con lo que esperaba fuera una sonrisa tranquilizadora—. De lo contrario, difícilmente haría la pregunta. Pero dime, ¿qué te molesta?

Habló casi de manera incoherente, y lo estudié con atención mientras lo hacía. Luego lo examiné a fondo.

—No —dije—, no estás loco; eres perfectamente normal en todos los sentidos. Todos tus reflejos y reacciones, tanto físicas como mentales, son lo que deberían ser. Hay un poco de tensión nerviosa, por supuesto, cierta excitación natural por la extrañeza de las experiencias que dices que has vivido, las cuales, te lo aseguro de nuevo, tienen una explicación simple y científica.

Dije todo esto sin estar seguro de nada, solo deseando calmar a mi paciente. Me di cuenta de que se necesitaría un período más largo de observación para determinar su condición mental.

—Dime, ¿cómo es tu habitación? —ya me había informado que se alojaba en otra casa a unas dos cuadras.

—Es una habitación pequeña, doctor; casi tan grande como su antesala.

—¿Y cómo está amueblada?

—Con una cama individual de hierro, un escritorio, un escritorio y dos sillas.

—Cuéntame de nuevo tu experiencia, lentamente.

—Alquilé la habitación porque era barata; y debido a su reputación obtuve un mejor precio aún.

—¿Reputación? ¿Qué quieres decir?

—No lo sé exactamente. Una chica murió allí, creo. Pero nunca he sido un individuo nervioso. No creo en fantasmas ni en esas tonterías. Así que aproveché la oportunidad.

—¿Y qué viste?

—Nada. Esa es la parte curiosa del asunto —rio con voz ronca—. Pero he olido...

—¿Hay alguna abertura en tu habitación que dé a otra cámara?

—No. Sólo la puerta y el travesaño que hay encima, que da al pasillo.

—¿Alguien más menciona que huele algo?

—No que yo sepa.

—¿Y la ventana?

—Se abre hacia el jardín trasero. Hay un ciruelo fuera de la ventana y un lecho de flores, pensamientos y rosales.

—¿Estás seguro de que no hueles las flores? En una noche cálida su perfume a veces puede ser bastante abrumador.

—No, doctor, no fue nada de eso. Permítanme describir nuevamente lo que sucedió. Me mudé a la habitación ayer por la tarde. A las nueve me fui a la cama. Mi ventana estaba abierta, por supuesto, también la pequeña abertura encima de la puerta. Tal vez leí durante una hora, tal vez más. Incluso mientras leía tuve conciencia de oler un sutil perfume, y una o dos veces me levanté y salí al pasillo, pero, cuando lo hice, el olor se desvaneció. Sin embargo, fue solo la sugerencia de un olor; así que finalmente apagué la luz y me fui a dormir.

—¿Qué hora era?

—No lo sé, pero más tarde el olor me despertó. La habitación estaba saturada. No era un olor fragante, no el olor de la tierra húmeda y las flores que respiran, sino más bien de algo desagradable; algo, estoy seguro, que estaba podrido. No es que pensara eso en ese momento, ya que durante la experiencia estaba intoxicado. Esa es la parte espantosa de todo el asunto: me acosté en la cama y me deleité con ese olor. De hecho, rodé sobre él, rodando sobre el colchón, una y otra vez, como un perro sobre la carroña. Todo mi cuerpo parecía absorberlo en la atmósfera fétida, cada centímetro y poro. Mis músculos se crisparon, y de la cabeza a los pies fui consciente de un éxtasis y deleite tan exquisitos que me resultan indescriptible.

»Toda la noche me quedé en la cama y me sumergí en ese delicioso mar de perfume; y luego, de repente, amaneció, y pude escuchar a la gente moviéndose en otras habitaciones. El olor había desaparecido y yo era consciente de que estaba enfermo y débil; tan enfermo que vomité y no pude desayunar. Y fue entonces cuando me di cuenta de que toda la noche me había deleitado con el olor a podredumbre, a algo indeciblemente asqueroso, pero en ese momento deseable y penetrantemente dulce.

Por eso vengo a verlo.

Él se reclinó, exhausto, y por un momento me quedé sin saber qué decir. Pero solo por un momento. Recordará que estaba leyendo el libro de Hudson cuando me interrumpieron. Si alguna vez lo ha leído, recordará que una parte trata del sentido del olfato en los animales. Por una extraña coincidencia, si es que algo así puede calificarse de mera coincidencia, estaba leyendo esa sección, y también varios pasajes dedicados a una disertación sobre los sueños. Refugiándome en una explicación citada por Hudson, dije con dulzura:

—La condición es evidentemente rara pero explicable. Supongo que sabes algo de la naturaleza de los sueños. Un hombre dormido se pincha la mano con un alfiler y sigue un sueño para dar cuenta del pinchazo. Sueña que vaga por un bosque en un caluroso día de verano y se echa a descansar a la sombra; y mientras descansa y quizás dormita, se sobresalta con un leve crujido, y al mirar a su alrededor se aterroriza al observar una serpiente venenosa que se desliza hacia él con la cabeza levantada. La serpiente golpea y atraviesa su brazo, y el dolor de la mordedura despierta al hombre. Ves que la mordedura de la serpiente es la culminación de una escena dramática que había tomado algún tiempo en la actuación; sin embargo, todo el sueño, con sus sentimientos, pensamientos, actos, comenzó y terminó con el pinchazo.

—¿Pero qué tiene eso que ver con mi caso? —preguntó.

—Todo —respondí, con más confianza de la que sentía—. En su caso, el pinchazo es un olor. Un extraño perfume golpea una parte sensible de la fosa nasal e instantáneamente le induce un sueño, una condición de pesadilla, para dar cuenta del olor. Dado que el caso del sueño es un olor y no un pinchazo, el tiempo del sueño fue de mayor duración, eso es todo.

Un poco de color volvió a su rostro.

—Me pareció que estaba completamente despierto durante todo esto —dijo lentamente—, pero eso fue sin duda una ilusión. Doctor, ha liberado mi mente de un gran miedo.

—Cierto —dije enérgicamente, sintiéndome seguro de nada más que del efecto psicológico de mis palabras para calmar su mente—. El tiempo es algo fresco ahora, y es mejor que duerma con la ventana cerrada esta noche para evitar el olor perturbador. Le daré la receta de un sedante para asegurar un sueño profundo. No se preocupe más por eso.

Un caso extraño, pensé, mientras él se marchaba, pero entonces no supe cuán extraño...

¡Si tan solo hubiera sabido entonces lo que sé ahora! Pero yo era joven e inexperto. Es cierto que poseía el libro. Pero mucho de eso fue un misterio sellado para mí. Además, parecía absurdo. A pesar de haber sido testigo de muchos experimentos extraños, del profundo estudio que ya había hecho de extraños manuscritos sobre la sabiduría antigua, todavía no me había dado cuenta de la terrible realidad que se esconde detrás de muchos símbolos y alegorías ocultas. Por lo tanto, casi me había convencido de que la experiencia de Lemuel Mason había sido realmente el resultado de una pesadilla, cuando me sorprendió que entrara en mis habitaciones a la mañana siguiente con un rostro espantoso y una forma casi histérica. Lo obligué a tragar un whisky fuerte.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—¡Dios mío, doctor, el olor!

—¿Qué?

—Vino de nuevo.

—Continúe.

—Regresó en toda su inmundicia y podredumbre. Pero esta vez no solo lo olí, lo escuché y sentí...

—¡Tranquilo, hombre! Trate de recuperar la calma.

—Deme otra copa. ¡Oh, Dios mío! —susurró y susurró. ¿Qué susurró? No lo recuerdo. Solo cosas que me llevaron a un éxtasis de locura—. ¡Espere! Hay una palabra. La recuerdo.

Con labios temblorosos pronunció un nombre que me hizo sobresaltar. No, no diré cuál era ese nombre. No es bueno que el hombre escuche algunas cosas. Solo diré que es una palabra que ya había leído.

—Y luego, entonces... lo sentí, se lo digo, toda la noche. Su cuerpo era largo y sinuoso, frío y húmedo, el cuerpo de una serpiente y, sin embargo, también de mujer. Lo sostuve en mis brazos y lo acaricié. ¡Oh, era encantador, encantador e indeciblemente vil!

Se desplomó, estremeciéndose, sobre una silla.

Y ahora debo contar lo que hice. Sí, aunque percibí el peligro en el que se encontraba el hombre, lo convencí de que pasara otra noche en su habitación. Yo era joven y se me ocurrió que tenía la oportunidad de estudiar un fenómeno extraño de primera mano. Además, creía que podía protegerlo de cualquier daño real. Un poco de

conocimiento es algo peligroso. Entonces no sabía que más allá de cierto punto de resistencia no hay seguridad para el hombre o la bestia, salvo en la huida, y que Lemuel Mason había pasado ese punto.

Estaba ansioso por la emoción, elocuente en mi determinación de ahondar más en el asunto. En cambio, el único deseo de Lemuel Mason era huir, no volver a cruzar el umbral de la habitación maldita.

—¡Está embrujada —gritó—, embrujada!

Dios me perdone, no lo escuché.

—Debes enfrentarte a esta cosa; sería una locura huir.

Y creí lo que dije. Lo fortifiqué con estimulantes, lo convencí de que confiara en mí, y esa noche fuimos juntos a su habitación; porque iba a pasar la noche con él.

La casa que albergaba la habitación era antigua en un barrio más antiguo. La gente lo había habitado treinta años antes. Pero el barrio se había desplazado hacia el sur, la gente había muerto o se había mudado, y la una vez importante mansión había caído en la decrepitud. Los pasillos anchos eran oscuros y lúgubres, las paredes se decoloraron, y mientras seguía a Lemuel Mason por dos tramos de escaleras, percibí un olor a humedad, a polvo y descomposición.

La habitación, tal como él la había descrito, estaba al final de un largo pasillo, en la parte trasera, diseñada sin duda para uso de un sirviente; era bastante pequeña y sofocante, sin nada distintivo en ella excepto su techo anormalmente alto. Sin embargo, ¿fue real, o solo mi imaginación, que algo se agitara en la habitación? Imaginación, decidí.

Eran las nueve en punto. Mason se derrumbó en la cama. Le había administrado un potente sedante. A los pocos minutos estaba durmiendo tan tranquilo como un niño. Sentado en una silla con los pies apoyados en otra, fumé mi pipa y leí. No estaba nervioso. El libro que leí fue el de ese autor medieval cuyo símbolo son los Cuernos de Onam. Pocos eruditos han visto una copia de él. La mía me lo dio... pero eso no importa. Lo leí, digo, fascinado por las cosas ocultas, las cosas increíbles, sí, hasta horribles que se insinúan en cada página, y por los dibujos y diseños raros.

Escuché a otras personas subir las escaleras y dirigirse a sus distintas habitaciones. Solo había otra habitación ocupada en este piso, y eso era al final del pasillo. Pronto todo quedó muy silencioso. Consulté mi reloj y vi que eran las doce y media. No había ningún ruido, salvo los crujidos y gemidos casi inaudibles que dan voz a las casas viejas a la medianoche, y los pequeños suspiros que emitía el aire al burbujear a través del gas. Estos ruidos no me molestaron en absoluto. Había observado en casas

antiguas antes, y mi mente las clasificó automáticamente por lo que eran.

Pero de repente hubo algo más, algo que...

Olfateé involuntariamente. Me puse de pie. La habitación estaba llena de un olor extraño, un olor que era como una presencia tangible pero invisible, un olor insidioso que buscaba adormecerme, vencer mis sentidos. Pero estaba bien despierto, advertido de mi peligro. Luché contra la influencia de ese olor con todos los esfuerzos de mi voluntad.

Casi lo sentí retroceder ante el símbolo que dibujé en el aire con mi dedo; pero incluso cuando el olor se volvió débil y remoto, vi a Mason enderezarse en la cama con un suspiro convulsivo, darse la vuelta y sentarse. Me senté a su lado de nuevo. Tenía los ojos cerrados, pero su rostro... Nunca había visto un rostro humano que expresara tales emociones de delirante éxtasis y deleite. Y estaba escrito no solo en su rostro. Todo su cuerpo se retorció de un modo que era horrible de ver.

Con un grito, salté a su lado.

—¡Mason! —grité— ¡Despierte! ¡Despierte!

Pero no me prestó atención. Extendió las manos en gestos sensuales, como si manipularan algo; lo acariciaba, lo acariciaba.

Lo sacudí bruscamente.

—¡Masón! ¡Masón!

—Oh —canturreó, alisando el aire, su cuerpo se retorció bajo mi toque, sus labios formaban besos amorosos y palabras entrañables.

—¡Por el amor de Dios, hombre!

Pero el hechizo maligno lo retuvo; estaba más allá de mis frenéticos esfuerzos por despertarlo. El olor venía en oleadas que subían y bajaban. Luego, invocando cada átomo de conocimiento oculto, dibujé a nuestro alrededor el pentagrama sagrado.

—¡Vete! —grité, pronunciando el nombre incomunicable en las lenguas humanas—. Por el poder de Tres en Uno, por el Alfa y Omega, por el Poder de la Mónada Eterna, ¡vete! —ordené.

Sentí que la presencia se retiraba, pero no de Mason. Aún su cuerpo se retorció con un éxtasis voluptuoso. Su rostro irradiaba lujuria y alegría inhumanas, y sus manos, sus manos...

Con un sentimiento de indecible horror me di cuenta de que estaba más allá de la protección de cualquier magia que pudiera invocar para salvarlo.

—Oh —gimió—. La sensación de tu piel, la fragancia. Más cerca, mi amada, más cerca. Susurra, susurra...

Y luego, en un tono que hizo que mis cabellos se erizaran, dijo:

—Te he sentido, te escuché. Déjame verte, déjame verte.

Debía arrastrarlo más allá de la habitación antes de que pudiera... ver aquello que invocaba. Con ambas manos agarré su cuerpo. Parecía estar arrastrando no solo su cuerpo sino otro que se aferraba a él. Y esa presencia resistía mis esfuerzos, disputaba cada centímetro del camino hacia la puerta. Mis sentidos se tambalearon; una vez más el olor se derramó sobre mí como una niebla invisible.

El miedo, el miedo ciego y corrosivo me tenía en sus garras. Como un hombre en una pesadilla, luché. ¿Nunca llegaría a la puerta? El antagonista invisible tiraba en la dirección contraria. Tres pies para llegar; dos; uno. Con un último esfuerzo desesperado choqué contra la puerta con todo el peso de mi cuerpo. Afortunadamente, la puerta se abría hacia afuera. Cedió bajo mi embestida y entré tambaleándome al pasillo, todavía aferrado a Mason. Incluso entonces lo escuché gritar terriblemente, una, dos veces, y luego quedar totalmente flácido en mis manos.

Todas las puertas de la casa golpearon, voces gritaron, y el inquilino en la habitación en el otro extremo del pasillo salió corriendo con un camisón que ondeaba en sus piernas desnudas.

—Por el amor de Dios —gritó—, ¿qué pasa aquí?

No respondí.

Mi atención estaba en el rostro de Mason, el cual proyectaba una mirada rígida, de un horror tan crudo que congeló la sangre en mis venas.

Advertí que lo había sacado a rastras de la maldita habitación un segundo demasiado tarde.

¡Él había visto!

El médico miró fijamente a sus oyentes.

—Sí, estaba muerto. Insuficiencia cardíaca. La expresión en su rostro era igual a la de la niña que había muerto allí hacía dos años.

»Más tarde, supe que en la casa fue destruida durante el gran incendio de 1917.

»Y ahora —dijo el médico—, ¿qué tal una explicación natural? ¿El extraño suceso que he relatado está abierto a una? En cierto sentido, nada puede ser antinatural, y sin embargo...

Dio unos golpecitos con el cuenco de su pipa en el cenicero.

—Durante veinte años he estudiado, meditado en la tradición casi olvidada de los misterios antiguos, de la verdad detrás de la fábula, y a veces pienso, creo... que hay cosas extrañas entre el cielo y en la tierra.

Hizo una pequeña pausa.

—Hace mucho tiempo, el hombre primitivo era un animal y su sentido del olfato debe haber estado muy desarrollado. Quizás a través de él conoció otro mundo; un mundo de sonidos y visiones sutiles; un mundo tan concreto y real como el que conocemos; un mundo enemigo. Quizás ciertos olores generados en esa habitación; tal vez la presencia invisible de algo extraño, increíble, hizo que Mason (y, en menor grado, yo mismo) ejercitara una facultad que la raza humana, gracias a Dios, ha superado hace mucho tiempo.

Pero, al ver los rostros de sus oyentes, el médico se detuvo abruptamente.

—Ah —dijo—, ¡pero veo que esta explicación no es natural!